

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

IV

Estos artículos que vienen recogiendo impresiones de viajeros por tierras de Murcia, han despertado más interés del que esperábamos y del que, sin duda alguna, merecen. Fueron iniciados con el afán de ayudar al Director de MVRGETANA en su deseo de dar la mayor variedad al contenido de sus números, y se han convertido en un quehacer grato y prolongado, aunque no ordenado. Quien los escribe siente, cada vez que se aproxima la aparición de un nuevo fascículo, el deber de no desertar de esta sección. Vamos, pues, con el cuarto trabajo de este género, pero deseando antes poner de relieve una circunstancia importante. Teniendo esta tarea como tema común los vagabundeos de gentes de extraños países por el nuestro, la acometemos también con cierto espíritu vagabundo, sin gran rigor y con algún desorden, eligiendo los viajes a comentar sin someternos a ninguna tiranía cronológica o alfabética, y guiados —como auténticos vagabundos— por sutiles e inconscientes razones de pura simpatía, cuando no por el solo y simple azar.

Pero preferimos seguir deambulando en compañía de viajeros ingleses, cuya minuciosidad nos encanta, aunque a veces no dejen de sobresaltar-nos un poco sus invencibles y sarcásticas observaciones sobre los usos y costumbres religiosos en España, de las que se desprende cierto tufo de herejía. Enamorados de nuestro siglo XVI, y de algunas de sus figuras políticas sobresalientes, es posible que pese en nuestro ánimo la unión entre ambos países —por coyunda de María Tudor y de Felipe II— más que sus posteriores rivalidades cuando ciñó la corona inglesa la «pérfida» Isabel y que pervivan ancestralmente en los recovecos de nuestra conciencia aquellos años en que la suerte de ambos pueblos estuvo en manos de una



pareja que frustró, por su esterilidad, los sueños ambiciosos y ecuménicos del César Carlos.

Sigamos, por lo tanto, con viajeros ingleses y traigamos a capítulo hoy, a estas páginas, a Henry D. Inglis, que vino a visitarnos allá por los años de 1830, momento ligado en Europa al nacimiento del romanticismo y en nosotros a una larga querrela política, de honda raigambre desde entonces, en nuestra historia. Inglis era un literato —dejó escrita una imitación del *Gil Blas*— y un contumaz viajero que se cuidó de llevar a la letra impresa sus peripecias por Irlanda, el Tirol y otras comarcas. Su modestia, o quién sabe si cierto espíritu misterioso y novelesco no infrecuente en los ingleses, le llevó a ocultar sus devaneos literarios, en algunos casos, bajo el seudónimo de Derwent Conway. Pero las páginas que contienen sus andanzas españolas aparecieron bajo su nombre verdadero y más adelante daremos el motivo que para ello tuvo.

Entró en España por la frontera vascongada y dedicó atención especial a Madrid, la Corte de las Españas, y con una desviación explicable a Toledo, Aranjuez y Segovia, continuó su ruta por Andalucía, que recorrió con detención, para seguir por la región levantina, bastante fiel a las mediterráneas costas, y salir de nuestro país por la frontera catalana. Llevó sus impresiones a las páginas de un libro que es el que motiva el presente artículo.

Apareció primero, bajo el título de «Spain in 1830», en dos volúmenes de 400 y 402 páginas, mas los preliminares, y con una bonita vista de la Alhambra como ilustración, en Londres. Debió publicarse en 1831, pues en ese año aparece fechada, en Barcelona, la dedicatoria del autor. Seis años más tarde se publicó con el título «Spain» una segunda edición, con el mismo grabado, también en dos tomos con XLIV más 316 páginas y XII más 307, respectivamente. De esta segunda edición hubo otra tirada, exactamente igual, sin más variantes que el título, que fue «Rambles in Spain», y que se presentó uniendo los dos volúmenes, encuadernados en un solo tomo. Sobre nuestra mesa se encuentra, en estos momentos, un ejemplar de esta variante —muy rara— de la segunda edición, un grueso volumen en octavo, con igual paginación dada anteriormente y con el mismo grabado ilustrativo.

Esta segunda edición conserva la dedicatoria de la primera, al conde de Buchan, y es en ella, donde el autor descubre su verdadero nombre, dando como razón, para desprenderse del seudónimo, la de que siendo España un país tan identificado con sus romances, tan preñado de cosas novelescas, la aparición de un libro de viajes por sus tierras bajo la cubierta de un nombre supuesto, podría dar pie para que se creyese que también se trataba de obra de pura ficción o novelería.

Aparte de esta dedicatoria, la segunda edición, en sus dos variantes,



lleva una extensa introducción que le es peculiar, fechada en Londres en 1837, que merece la pena de ser leída con atención porque nos descubre que las apreciaciones de Henry D. Inglis sobre las circunstancias de la vida política española habían sido tan sagaces y atinadas que dieron justo motivo para que Lord Aberdeen reconociera paladinamente en el Senado: «It is a work from which I have derived more information than from all the state documents I ever perused».

Con esta publicidad a nadie puede parecer extraño —se nos dice en esta introducción— que los lectores viniesen demandando con ahinco la reimpresión de estos recuerdos de viajes que no sólo tenían el atractivo de una documentación seria y minuciosa sobre las vicisitudes y complejidades de la vida política española en momentos tan cruciales para su historia, sino un cúmulo de curiosas observaciones sobre los usos y costumbres del país que visitaba, detalles económicos del más alto interés y bellísimas y muy inspiradas descripciones de paisajes y monumentos. Y no miente el autor de esta introducción, que prologa la edición segunda de las andanzas de Inglis entre nosotros, pues el relato de su viaje es de los más prolíficos en observaciones —ajenas a las personales peripecias de su autor— que agrada al lector encontrar a ciento treinta años de distancia.

Estas páginas prologales —repetimos que peculiares sólo de la edición segunda— contienen muchas cosas curiosas y bastantes apreciaciones interesantes, sobre la marcha de la política española desde 1831, en que había visto la luz la primera edición, a 1837 en que aparece la segunda. Fueron años muy trascendentales para nuestra historia, porque aflora en ellos una controversia que no ha dejado después de estar presente en nuestras vicisitudes políticas, como consecuencia de la exaltación al trono de España de Isabel II frente a las aspiraciones de su tío don Carlos. Pero esta es una revista de anales murcianos y hemos de vencer la tentación de comentar algunas consideraciones del prologuista porque sus páginas no se refieren para nada a esta región que nos vió nacer.

Se lee con agrado, por un murciano, el libro de Inglis, porque en él se encuentran, aparte de los naturales encomios, ya conocidos por otros periplos, sobre la belleza de nuestra vega, sobre la armoniosa sinfonía de verdes del paisaje levantino y dulzura de nuestro clima, bastantes observaciones acerca de la cortesía, laboriosidad y honradez de nuestras gentes y de la vida plácida —con muy pocos crímenes— en nuestros pueblos. Precisamente por las fechas en que extractamos este recorrido de Inglis, nuestro paisano Manuel Martínez Ortiz, Notario de Madrid, de sempiterna juventud pese a su ciática y a unos inverosímiles devaneos avícolas que agrían innecesariamente su humor, anda metido en el empeño de reivindicar el buen nombre murciano desdichadamente puesto en entredicho por Carlos III, en unas Ordenanzas de no fácil localización al parecer, con



aquella desafortunada e injusta frase de «murcianos y demás gentes de mal vivir», tarea en la que, de seguro, ha de salir airoso en fondo y forma.

Además de la imitación del Gil Blas y de estos recuerdos de su viaje por España, publicó Inglis en el «Englishman's Magazine» varios artículos contando sus peregrinaciones por las tierras de Don Quijote, que posteriormente resumió en un volumen, sumamente raro, con dibujos de Jorge Cruikshank, y que apareció en Londres en 1837, en 8.º, con XII más 203 páginas. El texto del libro y sus ilustraciones rebosan de irrespetuosidades y chanzas contra las costumbres religiosas españolas de una chabacanería y mal gusto altamente desagradables. Su título es «Rambles in the Footsteps of Don Quixote».

Todavía debió de escribir otro libro de correrías por nuestra patria, pues Foulche-Delbosc, cita como suya la obra «A Summer in Spain», 1836. de la que no hemos conseguido encontrar ejemplar.

Como ilustración de este trabajo reproducimos en facsimile las portadas de las tres ediciones conocidas de «Spain in 1830», de la imitación del Gil Blas, y del otro libro del que hemos dado antes noticia.

Henry D. Inglis sigue, en su viaje por estas tierras, la ruta ya clásica, y conocida de nuestros lectores, en la que Murcia figura, como obligada etapa, para pasar de Andalucía, llena de prestigio por sus costumbres típicas y su ascendencia árabe, a Alicante y Valencia que, como paraíso terrenal por la temperatura y vegetación, han significado siempre una atracción inmensa para toda suerte de peripatéticos por nuestras latitudes, o para cruzar desde Levante a Andalucía. En el presente caso es el primer recorrido el que sigue nuestro hombre.

No podemos dedicar nuestra atención a las peripecias de Henry D. Inglis por las tierras y pueblos andaluces; vamos a unirnos a él precisamente cuando se dispone a abandonarlos y a emprender la ruta hacia nuestra región; le vamos a esperar, para acompañarle luego, en Chirivel, todavía dentro de la provincia de Almería, en donde ya comienza, virtualmente, la etapa de su viaje que puede ofrecer cierto interés para nosotros.

Para entrar en nuestras tierras desde Chirivel, donde nos hemos unido a él, tiene Inglis que pasar antes por Vélez Rubio. Entre ambos pueblos, la sola ruta es el lecho de un riachuelo por el que es preciso andar unas tres leguas; a uno y otro lado de tan áspero camino, terraplenes que son a veces precipicios y que le convencen de con cuanta razón le habían advertido, al salir de Granada, que las comunicaciones con Murcia eran intransitables en época de lluvias. Vélez Rubio es un pueblecito con una situación pintoresca. Su vida está de continuo vigilada por el castillo ruinoso que sobre el pueblo se asoma desde lo alto de un cerro, y transcurre plácida en una zona de atrayente arbolado que lo circunda. Pero este oasis



S P A I N .

BY

HENRY D. INGLIS,

AUTHOR OF "IRELAND IN 1884;" "CHARNEL ISLANDS;"
"A JOURNEY THROUGH NORWAY;" "THE TYROL;"
&c. &c.

IN TWO VOLUMES.

THE SECOND EDITION:

WITH AN

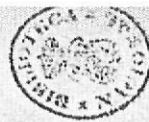
INTRODUCTORY CHAPTER ON THE PRESENT
POLITICAL STATE OF THE PENINSULA.

VOLUME I.

LONDON:

WHITTAKER AND CO., AVE-MARIA-LANE.

1887.



SPAIN IN 1890..

BY

HENRY D. INGLIS,

AUTHOR OF "MOUNTAIN WALES THROUGH MANY LANDS;" "A JOURNEY
THROUGH NORWAY," &c. &c.

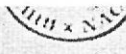
IN TWO VOLS.

VOL. I.

LONDON:

WHITTAKER, TREECHER, AND CO., AVE-MARIA LANE.

1891.



RAMBLES
IN
SPAIN.

BY
HENRY D. INGLIS.

AUTHOR OF "IRELAND IN 1834;" "CHANNEL ISLANDS;"
"A JOURNEY THROUGH NORWAY;" "THE TYROL;"
&c. &c.

TWO VOLUMES IN ONE.

SECOND EDITION.

LONDON:
WHITTAKER AND CO., AVE-MARIA-LANE.



RAMBLES IN THE
FOOTSTEPS OF DON QUIXOTE.

BY THE LATE

H. D. INGLIS,

AUTHOR OF "SPAIN:"—"NEW GIL BLAS, OR PEDRO OF
FRANCO:"—"THE TYROL:"—"CHANNEL ISLANDS," ETC. ETC.

WITH ILLUSTRATIONS BY GEORGE CRUIKSHANK.



LONDON:
WHITTAKER AND CO., AVE-MARIA-LANE.

1837.



THE
NEW GIL BLAS;
OR,
PEDRO OF PENAFLOR.

BY
HENRY D. INGLIS,
AUTHOR OF "SPAIN IN 1830," ETC.

IN THREE VOLUMES.

VOL. I.

LONDON:
PRINTED FOR
LONGMAN, REES, ORME, BROWN, GREEN, & LONGMAN.

1832



es pequeño, como de una legua alrededor, para reanudarse enseguida el mismo paisaje de desolación que el viajero había dejado pasos atrás; paisaje sin cultivos, sin gentes, sin vida. Una cadena de desnudas montañas peladas, las más tristes que nunca vió, se prolonga hacia el Este; es la barrera que separa Andalucía de Murcia. El paso a través de ella, para llegar a nuestras tierras, unas veintidós millas de tierras desérticas, no es un camino, ni siquiera un sendero, sino otra vez el lecho de un arroyo que, en una extensión de más de la tercera parte de su recorrido, tiene sólo seis pies de ancho. Las laderas abruptas entre las que discurre, descarnándose lentamente por la ausencia de árboles que las fortalezcan, precipitan sobre él peñascos que interrumpen el paso y obligan al viajero a verdaderas acrobacias para vadearlos.

La soledad de aquellos parajes es de tal magnitud, que durante todo un día la única persona con la que nuestro hombre se cruza es con un pobre fraile, llevando de la rienda, y detrás de él, su borrico, y portador, como único bagaje, de dos ristras de ajos que le habían dado de limosna las personas caritativas de Lorca, a donde bajaba de vez en cuando a mendigar víveres para ayudar la empobrecida despensa del convento. Ni una casa entre las colinas, ni el más leve vestigio de vida en el horizonte, ni la más pequeña señal de cultivo en las tierras, ni un ganado, ni tan siquiera una cabra. El romero, el espliego, el tomillo, la mejorana y otras plantas dulces y hierbas aromáticas, esmaltan la tierra y llenan el aire de efluvios varios y agradables que, cautivando fuertemente el sentido del olfato, hacen olvidar el triste efecto que este desolador panorama ofrece a los ojos de quien lo contempla.

Tras ascender dos leguas por el lecho del torrente, alcanza por fin Inglis la cumbre de la cadena fronteriza y entra, por el lecho de otro arroyo también, en la vertiente que desciende a Puerto Lumbreras, que está todavía a tres leguas, y allí llega al anochecer. Los primeros seres humanos que encuentra son unos niños, guardando cabras, que por sola protección de sus carnes llevan unas cortas y harapientas camisillas; y tan liviano abrigo del cuerpo, que aun en climas cálidos como algunas regiones de Andalucía y Levante hubiera despertado compasión, sobresalta más en estas tierras frías tan próximas a Sierra Nevada. Sin duda, estos chicos deben ser los hijos de los seres, también cubiertos de andrajos, que viven en las cuevas que se ven por los alrededores.

Pero Puerto Lumbreras tiene una posada limpia con gente amable y cordial, aunque nada tengan que ofrecer para comer al viajero. Le hacen un pequeño y oloroso fuego con romeros y perfollos de maíz que le descubre una de las muchas aplicaciones de esta utilísima planta. Le preparan un buen colchón en un dormitorio casi suntuoso, mientras un campesino le acompaña al mercado para ver si encuentra algo que echarse a la boca



para hacer callar el hambre. Sin dificultad, puede comprar un ave que, bien guisada con arroz, y seguida de unos tragos de excelente vino, hubiera hecho las delicias del más exigente paladar. Y como botijuela, unas jugosas peras, de las que puede comprar, por dos peniques —alrededor de unos veinte céntimos—, tres docenas.

Abandona el pueblo media hora antes del amanecer. Un rápido descenso le conduce desde las frías regiones de donde viene al cálido valle lorquino en una transición rápida, sorprendente y agradable. Estamos a 2 de diciembre, pero el aire es tan suave y tan fino como una dulce mañana de junio inglesa. Ante los ojos atónitos del viajero se esparcen las verdes y llanas tierras de la vega, de las que se desprende una muy suave neblina bajo la rubia mirada de un sol recién nacido que la va disolviendo y ahuyentando hasta dejar el ambiente limpio y terso como en un día de puro verano. El cambio entre esto y lo que ha dejado al salir de Andalucía, es a la vez de color, de temperatura, de pureza, de suavidad en el aire. Bello el campo jugoso, trigos verdes y frescos, olivos..., toda la tierra está magníficamente cultivada. Para el viajero que desciende de la serranía, este paisaje es un verdadero paraíso, y Lorca, recostada en la cadena de montañas que la protege por el Oeste, con el esbelto castillo en una de las cumbres vecinas, sobre ella, añade al cuadro una enorme belleza.

La mejor posada que encuentra es bastante peor de lo que podía esperarse en un pueblo de veinticinco mil habitantes, y tan sucia —defecto no muy común en los albergues españoles—, que nuestro hombre siente aprehensión y prefiere desayunar a la intemperie. Un breve descanso y una frugal comida reparan sus fuerzas y se lanza a recorrer la ciudad. Es día de mercado y hacia él se encamina nuestro hombre para encontrar multitud de cosas nuevas para él, porque las regiones de España varían tanto en vestuario usual, en preferencias y gustos alimenticios y en costumbres, que en cada una hay mil motivos para satisfacer la curiosidad y sorprender al visitante. Las mujeres lorquinas usan un blanco pañuelo cuadrado, de lana, que colocan en la cabeza a modo de mantilla; los hombres, calzoncillos cortos, blancos también, sin anudar a la pierna y descendiendo como unas dos pulgadas por bajo de la rodilla, sin calcetín ni media al pie y con un calzado fabricado con cuerdas; cubren su cabeza no con el típico y airoso sombrero español, sino con unas gorras ajustadas y llevando una cinta que da vueltas alrededor de su copa. Otros que vienen de las comarcas serranas vecinas llevan mantas de colores vistosos y abigarrados.

En el mercado de Lorca hay de todo. Frutos frescos, frutos secos, paños y percales catalanes, calzado, en especial hecho con cuerdas, esparto y cestos de esparto, cuentas de adorno, collares, imágenes religiosas, rosarios, chucherías, y en suma, cuantas cosas se comen o se usan por toda



esta comarca murciana. En una de las calles adyacentes, está instalado el mercado de ganados, y entre los animales que en él se ofrecen a la venta llama su atención la excelente clase de los cerdos expuestos. En ninguna parte los ha visto tan hermosos y bien cebados como en España, donde se informa que es costumbre criarlos al aire libre, en medio de los campos, bajo las encinas. La curiosidad proverbial de Inglis le lleva a inquirir y anotar los precios de todo, y por su cuidado en conservar estos datos sabemos que hace ciento treinta años un cerdo de 185 libras valía en Lorca 240 reales, unas dos libras y ocho chelines; un lechón, 14 reales. El buey es escaso aquí, y en realidad en toda la comarca, pero el cordero, muy bueno, se vende a 12 cuartos; un ave cuesta un chelín y ocho peniques; una liebre, diez peniques; el pan, excelente, penique y medio la libra. El salario en los campos es de cinco reales la jornada, que equivalen a un chelín.

Recorre las calles y entra en la Catedral, donde no encuentra nada digno de mención, a no ser la liberalidad del Arzobispo de Cartagena en materia de indulgencias para ayudar generosamente a los devotos lorquinos a asegurarse la salida del Purgatorio antes de haber entrado en él. Cuarenta días por cada Padrenuestro y Avemaría rezados ante la reliquia de San Francisco y otras iguales para las oraciones en favor de Santiago, San Antonio de Pádua, Santo Domingo y San Nicolás. Pero Inglis forma mal concepto de la confianza de los católicos de Lorca en la eficacia de estas indulgencias porque no ve a nadie orando para ganarlas. En materia de arte, unos pocos cuadros pintados, sin duda, por discípulos o seguidores de Murillo.

Deja Lorca a mediodía siguiendo una bella y espaciosa avenida, entre jardines, para tomar el camino hacia Totana, atravesando el Guadalentín y faldeando las colinas y montañas que cercan la ciudad por la izquierda de la ruta que sigue. Los alrededores de Lorca, en terrenos cultivados, son amplios, pero a un poco más de una legua de camino ya queda atrás la fértil vega para adentrarse otra vez en una región inculta, despoblada, casi hasta llegar a Totana. Al aproximarse a este pueblo surge otra vez la agradable presencia de los naranjos, que no había visto desde que dejó Granada, que con los perales y otros árboles, demuestran la riqueza y feracidad de estas tierras. Pero Totana es un pueblo miserable y pobre, en parte arruinado, con las calles llenas de chiquillos harapientos y pordioseros. Aun en esta pobreza el pueblo sostiene un convento de frailes que da pie a Inglis para hacer sus irreverentes comentarios.

Y esta pobreza se percibe también en su mercado. Aquí las cosas están aún más baratas que en Lorca y los jornales también. Es muy escaso el buey, y cuando alguna vez se encuentra se vende a 5 cuartos la libra, medio penique; el cordero, a ocho y 9 cuartos; el cerdo, a 12, y es excelente.



El jornal de un hombre es dos reales —unos cinco peniques— diarios.

Cuando ha terminado de comer en la posada, llegan dos músicos ambulantes, de los que uno toca el violín y otro la guitarra. Los invita a su cuarto y también a algunos huéspedes y curiosos, y allí se organiza una pequeña fiesta de baile popular; fandangos con chasquidos de dedos en sustitución de las clásicas castañuelas o postizas, con una gracia en los gestos y ademanes y movimientos de los bailarines que mantiene en éxtasis al viajero y que habrían hecho las delicias de cualquier auditorio de un teatro londinense.

Con el propósito de llegar a Murcia a comer, abandona el pueblo de Totana en la mañana siguiente, muy temprano. Execrable camino de tierras incultas, pero susceptibles de ser trabajadas, abandonadas, hasta Pedrilla, donde en una muy amplia posada, hace descansar a su mula y toma fuerzas él con un chocolate. Todavía dos leguas de camino salvaje, sólo cultivado a pequeños trozos, pero con la promesa próxima, en el horizonte, de la torre de Murcia. Casi a una legua de la capital, entra en su famoso valle. Deliciosa sorpresa cuando se adentra por una amplia avenida bordeada de árboles que desemboca en las pesadas torres de una iglesia. A uno y otro lado, y hasta donde la vista alcanza, un extenso y bellissimo tapiz del más perfecto verdor producido por el agua que fertiliza la tierra y hace salir de sus entrañas plantas de todas clases en una sinfonía de verdes distintos; el del fresco trigo que ya alcanza en sus espigas una altura de ocho o diez pulgadas; el del lino; el de muchas hortalizas para el mercado..., y por encima, el de las moreras, el de las higueras, quebrado a veces por la nota detonante del rojo en los huertos de naranjos y protegido, de vez en cuando, por las airosas copas de las palmeras. Panorama jamás visto y superior a lo que su ánimo esperaba. Escena animada por el bullicio de una población densa, gentes con blancos calzoncillos, rojos cinturones y negras monteras que cruzan los campos al regresar de su trabajo; carretas, carricoches, jinetes a caballo llenan el camino. De vez en cuando, cada cien yardas o menos, una casita de labor emplazada en un huerto de naranjos. Una verdadera sorpresa porque él esperaba encontrar en Murcia sólo silencio y pobreza y se tropieza con una comarca floreciente y rica como no había visto hasta ahora en España.

A la entrada de la ciudad, la Aduana. Nuestro hombre dedica jocosos comentarios a la venalidad de nuestros carabineros de entonces que hacen parar la tartana mientras Inglis prepara su «peseta» que parece —a lo que le han dicho y confirmado en otros lugares por personal experiencia— es la cifra bastante a vencer la resistencia y a volver tolerantes a los aduaneros. Pero los de Murcia no se conforman con esa mísera tarifa de soborno y reclaman medio dólar. La magnitud de la exigencia mueve al viajero a abrir sus equipajes y dejar que se los soben y revuelvan salvan-



do así el medio dólar... y la peseta. Llega a la Fonda de las Diligencias a las cinco de la tarde muy contento de haber salvado los veinte dólares que llevaba en la faltriquera librándola de los bandidos y salteadores tan frecuentes en la ruta accidentada que desde Granada ha traído.

Le sorprende, produciéndole excelente efecto, el interior de Murcia, al que encuentra una gran semejanza con el de Sevilla. Paseantes limpios y atentos que no se distinguen ni por la pobreza, ni por el desaseo en el vestir. La población revela bienestar y holgura, y esta impresión primera le es confirmada cuando ve que en los tres o cuatro días que pasa entre nosotros no se le acerca ni un solo mendigo a pedirle limosna. Y, al igual que en Sevilla, también aquí los conventos bordean las calles con sus tapias asomando por encima de ellas unas veces las ramas cargadas de dorados frutos de los naranjos, y otras los esbeltos ramos verdes de las palmeras. Tropezó con un fraile portador de una imagen de San Antonio que la chiquillería cubre de sonoros besos mientras las personas mayores le saludan con acentuada reverencia y relevantes señales de atención.

La Catedral, que visita, le parece muy distinta a las que hasta ahora lleva vistas en España, pero hermosa, con arquitectura mezclada, con mucho mármol fino y varias capillas góticas con fino y elegante labrado. No hay cuadros dignos de mención y todo su tesoro artístico fué saqueado por los franceses en la guerra de la independencia. El principal objeto de atracción del edificio es su esbeltísima torre, diez pies más alta que la de Sevilla, y accesible, como aquella, mediante un sistema de rampas de suave declive que permiten una subida cómoda. Desde arriba se domina todo el bello paisaje de la vega murciana, de unas sesenta millas de longitud por ocho de anchura, encerrada entre montañas por ambos lados. De nuevo pone de relieve la gran variedad de verdes del paisaje, todo él poblado de moreras, palmeras y naranjos, y muy dividido en parcelas separadas por unos ribazos de unas dieciocho pulgadas de altura que sirven a la vez para delimitar y para ayudar a la distribución de las aguas en el riego, y por hileras de moreras o de arbustos que dan a la comarca un efecto más brillante que los setos espinosos que bordean las fincas en la campiña inglesa. Hacia el Este, y a unas cuatro leguas, el valle se estrecha en un desfiladero por donde pasa el camino hacia Alicante y por ese collado se divisan las torres de Orihuela. Un aislado castillo morisco corona una elevada roca, cercana, y a su pie se recuesta el poblado de Monteagudo y un poco más lejos otro blanco pueblecito, Algezares, se destaca bajo la montaña. Aquí y allá cabañas y cortijos se desparraman por entre el verde de los cultivos y prestan al bello paisaje animación y vida.

Discurriendo por el paseo que se prolonga a la orilla del río, encuentra una airosa y bella columna de mármol levantada en la Plaza Real, que le indican está preparada para colocar en ella una estatua de Fernan-



do VII. Más lejos se detiene ante el Hospital en construcción, comenzado siete años antes y aún no terminado. Este paseo le encanta y cree que todavía sería más atrayente si no fuera porque para llegar a él hay que cruzar los barrios bajos donde la gente parece más empobrecida y donde la peor población vive congregada. Pregunta sobre la conducta de las autoridades y recoge información de que el Corregidor es excelente persona y fiel cumplidor de los deberes de su cargo y que la vida en Murcia es pacífica, con muy raros crímenes al cabo del año. Entra, al regresar de este paseo, al Convento de los Dominicos, en el que nada de meritorio encuentra salvo una indulgencia de 280 días a quienes asistan a la ceremonia del Santo Rosario.

En otro recorrido por las calles y sitios de la ciudad, visita la iglesia de Jesús (no consta el nombre en el libro), en la que admira varias tallas en madera representativas de diversas escenas de la vida del Señor, y entre ellas la última Cena. Alaba el trabajo del tallista y la naturalidad de los gestos y actitudes. Sobre la mesa ve un mantel blanco y se le informa de la costumbre anual, en la Semana Santa, de servir una auténtica cena que después de estar sobre la mesa cuarenta y ocho horas, el día de Jueves Santo es repartida a los pobres, ceremonia que sirve de motivo para las acostumbradas chanzas del viajero.

No olvida su visita al mercado, y al regresar a la posada se acerca al lugar donde se celebra y se regala con un puñado de frescos dátiles asombrando al vendedor al darle la principesca propina de medio penique. Toma nota y nos conserva los precios —en 1830— de los principales artículos. Buey, 12 cuartos la libra de 16 onzas; cordero, 11 cuartos; ternera, 10; cerdo 14; aunque estos precios pueden descender hasta la mitad conforme va bajando la demanda en la gente. Un ave, un chelín y ocho peniques; un pollo, 5 reales, un pavo, un dólar; un pato, diez peniques; una liebre, un chelín; un conejo, 3 reales. El pan, de excelente calidad, 10 cuartos la libra, y de calidad inferior, 8 cuartos. El vino bueno, a 9 cuartos botella. El salario normal es de 4 a 5 reales, pero una doméstica gana un dólar al mes y un doméstico dólar y medio o dos dólares.

Visita las manufacturas de salitre cuyas fábricas se encuentran regidas o por el Gobierno o por una compañía. La compañía debe proporcionar el artículo a seis dólares la arroba de 25 libras. En los días en que esta visita se celebra, la fabricación era sólo de unas 1.200 arrobas por año, aunque antes se producían cerca de diez mil. Pero el consumo ha decrecido porque los almacenes están abarrotados con más de setenta mil arrobas. Esto ha originado una amplia libertad de ejercicio de esta industria, antes limitada, aunque no sea fácil adquirir los permisos necesarios para ello. No puede visitar la fábrica de pólvora, que se encuentra a una legua de Mur-



cia, pero se preocupa de su marcha y averigua que también existe una gran superproducción que ha obligado a aminorar el ritmo de fabricación. Viene obligada a proporcionar al Gobierno diez mil arrobas cada dos meses, pero las existencias actuales en almacén son de gran importancia y ello ha impuesto limitar la fabricación a unas treinta y dos mil arrobas por año.

Igual crisis, pero por otros motivos, acusa la fabricación de seda. Antes se empleaban en estos menesteres industriales por encima de dieciséis mil brazos, y en el año 1831, con unos cuatrocientos bastan. Toda la seda murciana—nos cuenta Inglis— es de elaboración manual, y no puede competir con la de Valencia, que está totalmente mecanizada. Fuera del salitre, la pólvora y la seda, cuenta Murcia con la industria típica de la fabricación de paños toscos, en brillantes colores, para lo que cuenta con un mercado propio muy seguro.

La ciudad vive, casi enteramente, dedicada a la agricultura, gracias a la fertilidad de su suelo; pero aun las propias actividades agrícolas también han disminuído intensamente en los últimos años. La pérdida de parte de nuestro imperio ultramarino, haciendo decrecer las rentas del Estado por dicho concepto, ha obligado a la imposición de contribuciones y tributos sobre la tierra que han tenido su natural reflejo. El campo produce dos cosechas al año; trigo y lentejas, trigo y maíz, trigo y judías. La renta de la tierra puede estimarse en la comarca murciana en un cinco por ciento.

Nuestro hombre termina su estancia en Murcia. Pese a sus desagradables devaneos antipapistas, nos duele abandonarle porque ha tenido palabras agradables para nosotros. Vamos a acompañarle un poco y, como hicimos al comienzo, sigámosle en su ruta unos días para despedirle cuando ya los pueblos porque atraviere estén más alejados de Murcia por la distancia y por las costumbres. Lo merece porque su entusiasmo ante el paisaje, en la ruta desde Murcia a Alicante, merece nuestra gratitud.

Si grande había sido su admiración cuando viniendo de Totana se asomó a nuestra vega, mayor es aún la que experimenta al salir de Murcia. Quien quiera tener una idea —nos dice— del bellissimo paisaje español, no tiene sino venir a este camino que conduce de Murcia a Orihuela. En este sitio se aprende el singular encanto de las palmeras, pues aunque en Africa y en Asia existan sitios donde el dátíl se dé en mayor abundancia, en ninguno de ambos continentes se encontrará nada tan perfecto como las plantaciones de esta región. Apesar de saber que existe una diligencia para hacer el viaje, Inglis prefiere alquilar, él solo, una tartana para poder mejor gozar de la extraordinaria belleza que le circunda, y levantando las cortinillas se extasía ante el paisaje. Sale de Murcia al amanecer y emplea cuatro largas horas en hacer el recorrido. El aire es tan dulce que



tiene que ir despojándose de varias prendas de abrigo mientras rememora el clima inglés en esta época del año, con sus nieblas, vendavales y ventiscas. Jamás había tenido en su patria, ni siquiera en junio y julio, una mañana como ésta, decembrina, entre nosotros. El sol luce en su cielo sin nubes, sin el menor celaje en el horizonte, absolutamente terso. La calma de una mañana de verano y la blandura del aire estival. Y cuando contempla la maravillosa librea verde que cubre los campos, piensa que la Primavera ha prestado a la tierra sus mejores galas para que se vista de fiesta.

A la salida de Murcia, a una legua escasa, pasa bajo la escarpada roca desde cuya cumbre el castillo morisco, que había divisado desde la torre de la Catedral unos días antes, vigila cuidadoso el pueblecito de Montegudo, y continua adelante faldeando la cadena de montañas a su izquierda, entre verdes y dulces valles, hasta divisar las torres de Orihuela, a donde llega hacia las once de la mañana. Inglis acostumbra a tomar como primer alimento del día un chocolate, que le gusta hacérselo a la inglesa, con leche. Aquí vuelve a encontrarla, desde hace muchos días, pues la leche no es alimento usual en España; la de vaca es un puro lujo, y la de cabra cuesta trabajo encontrarla. No son los españoles aficionados a ella.

El valle oriolense es extraordinario, tan extraordinario que aun el de Murcia desmerece ante él, porque aquí el agua es más abundante y fertilizando la tierra con mayor intensidad y frecuencia puede obtener de ella mayores rendimientos. El creía que el valle murciano no tenía rival en el mundo y confiesa su error porque el que tiene ahora ante su vista es más verde aún. Tiene más variedad de árboles y, éstos, más espesos: moreras, naranjos, cipreses, olmos, higueras, granados y, de cuando en cuando, las amplias coronas verdes de las palmeras.

En Orihuela nuestro inglés encuentra barro a mano, y abundante, para que aflore su desagradable anticlericalismo, que no desperdicia ocasiones para traducirse en irreverentes burlas, y nos dice que la ciudad es famosa por cinco circunstancias: su valle magnífico, su situación excepcional, el gran número de conventos e iglesias que sostiene, sus supersticiones y su desmoralización, añadiendo, de su cosecha, que las tres últimas cualidades derivan unas de otras. Encuentra las iglesias más concurridas de fieles que en parte alguna, llenas de imágenes de santos, y siendo rara la que no disfruta, frente a ella, de numerosos devotos ofrendándole sus oraciones. Los orantes no se limitan a las usuales actitudes de reverencia y adoración devota, y aun contrita, y se exceden en demostrar su especial espíritu con posturas desusadas, con los brazos en cruz como en éxtasis agónico. El cree que si alguno decidiese, en un momento dado, extremar su celo fragelándose, encontraría enseguida imitadores y seguidores que le acompañarían en su gesto penitente con todo denuedo.

No le parece la gente de este pueblo trabajadora como la de Murcia



y se tropieza con muchos holgazanes, tomando el sol, apoyada la espalda en una pared, como si no tuvieran que hacer nada y como si no sintiesen la menor gana de hacer nada, no modificando su perezosa postura sino para hacer una reverencia cuando pasa cerca de ellos algún fraile. La población le parece distinguirse por su ociosidad y por la compañera de ella: la pobreza.

Discurriendo por los alrededores del pueblo divisa, en lo alto de un peñasco escarpado, una cruz de piedra erigida y otra unos metros más abajo. Curiosón, como siempre, se preocupa de indagar los motivos de ello, y un paseante le narra la leyenda —que por cierto aún subsiste— que dió origen a ambas cruces. Un fraile de un convento oriolense se vió fuertemente tentado por la carne y subió a lo alto del escarpado risco a pedir a Dios le libertara de tal acoso; pero la visión que exaltaba sus sentidos siguió presente, allí en la cumbre, entre el religioso y el cielo, y el pobre fraile creyó que la sola vía de huir del maligno era la de arrojarle desde lo alto; pero los ángeles, queriendo evitar que, ni aun para salvar su alma de los ardidés de Lucifer, cometiese el desventurado lo que en realidad era un suicidio, le tomaron en vilo al lanzarse desde arriba y le depositaron incólume abajo. La primera cruz designa el lugar desde el que se lanzó, desesperado, y la segunda, el sitio a donde le dejaron vivo y sano sus angelicos protectores. Cuando, más tarde, el religioso falleció de muerte natural, fué enterrado bajo la segunda de las cruces erigidas.

¡Con cuán grande acierto habla Pascal de las razones del corazón que la razón no comprende! Nuestro compañero de viaje, que revela a todo lo largo de sus andanzas entre nosotros dos obsesiones potentes, su irreligiosidad y su curiosidad por saber los precios de las cosas, al encontrar aquí materia bastante, en la rica cantera del espíritu devoto de Orihuela, para la primera, se olvida de la segunda y ya no se preocupa sino de extenderse en comentarios irónicos e irreverentes sin que se le ocurra acercarse al mercado para nada ni preguntar a nadie por esas cuestiones económicas que le interesan. Hemos sabido muchas cosas de la beatería en esta ciudad pero nos quedamos en ayunas sobre el precio de las viandas y de los salarios en el pueblo vecino en 1830.

En su ruta hacia Alicante, y al pasar por unos pueblecitos —La Granja entre ellos—, Inglis trae a capítulo el espantoso terremoto que había asolado, un año antes —1829—, toda esta comarca, y nos describe, con manifiesta emoción, las numerosas huellas que de aquel horrible cataclismo habían quedado. Muy especial mención dedica a los estragos que la catástrofe había producido en el pueblo marineró que él llama Torre Viejo que desapareció casi entero, y que por esos momentos se está en el trance de reconstruir con casas de madera y de un solo piso, en evitación de que la desgracia pudiera repetirse. Estos pueblecitos que entonces atra-



viesa, eran de los que más sufrieron en aquella desgraciada ocasión. Y aunque en Alicante sus efectos habían sido bastante menores, nuestro hombre nos conserva lo que algunos días después le contó un vecino de aquella ciudad que se encontraba tranquilamente escribiendo una carta en su casa, cuando percibió una leve sacudida que identificó con un seísmo—no inusuales en la comarca—y temiendo que volviera a repetirse, salió rápidamente hacia el balcón del cuarto en que estaba y, ya en él, la realidad confirmó lo acertado de su presagio viendo cómo se desplomaba rápidamente la pared de su casa en que el balcón se encontraba y cómo aparecía, de pronto, sin saber cómo, tendido y maltrecho en el suelo de la Plaza a donde la casa daba, y en la que ya se había congregado gran parte del vecindario próximo enloquecido y aterrado por el cataclismo.

Es curioso el recuerdo que en las gentes quedó de los instantes previos al terremoto. Fué el 21 de marzo; la mañana había sido serena y la atmósfera limpia y clara; hacia mediodía las nubes comenzaron a levantarse y el cielo se oscureció con rapidez; el viento cesó y todo quedó, de momento, en una perfecta calma. El terremoto se produjo a las seis de la tarde y duró sólo cinco segundos, pero en tan breve espacio de tiempo sembró la muerte y la ruina por todas partes.

Ya es hora de que despedamos a nuestro viajero y vamos a hacerlo en Elche, que es otro de los lugares que le maravillan, no sólo por su belleza y por el encanto de sus huertos de palmeras, con los dorados racimos de dátiles pendiendo de sus ramas, y el baldaquín de verdes plumas de sus copas, sino porque sólo tiene dos iglesias y porque su vecindario no se distingue por la beatería, sino más bien por cierta indiferencia religiosa que le lleva a trabajar, en los campos, aun en muchos de los días que la Iglesia aconseja santificar dedicándolos al descanso. Elche es una ciudad muy rica, afanada en la exportación de dátiles y de barrilla. Hace amistad con un gran cultivador y dedicado también al comercio con el exterior, y éste le informa que las salidas de barrilla, desde Alicante, gran parte de la cual es producida en Elche, se eleva a unos doscientos mil quintales, cerca de veinte millones de libras. Sobre la de dátiles no puede darle datos tan concretos, pero sí asegurarle que gran parte del fruto que llega a Inglaterra, creyendo que procede de Berberia, es de Elche, y así lo comprueba Inglis comprando en una tienda unas cajitas, cuidadosamente preparadas, con la etiqueta de «Barbary dates».

La ciudad tiene unos veinte mil habitantes y es llamada la «Ciudad de los dátiles» por encontrarse emplazada en medio de un extenso bosque de los árboles que los producen. Le gusta tanto, que se propone quedarse en ella dos días y se hospeda en la «Posada de la Concepción». Desde la torre del antiguo palacio del duque de Arcos contempla la ciudad y el pueblo le ofrece una vista bellísima. Un bosque de palmeras que abraza el case-



río; palmeras en los patios de las casas, palmeras en las calles, palmeras en los jardines que decoran el pueblo; en donde hay sitio, allí hay una. Regresa a comer en la posada; buen yantar y buen beber. Es feliz.

Los salarios en Elche en las faenas agrícolas son de tres a cuatro reales, y las demás cosas, también baratas. Muy frecuente el pan de cebada, que se vende a dos cuartos la libra. Dátiles puede comprar, a pie de árbol, de un cultivador, una libra por cuatro cuartos. El color del fruto varía: verde, dorado y marrón; el sabor, también. Los dorados y los marrones son los más apreciados por el consumidor. Su experiencia personal, puesta a prueba en el acto, le dice que el dorado oscuro tirando a tostado, es el que le parece más agradable.

Digamos adiós a Henry D. Inglis deseándole buen viaje, dándole las gracias por las frases de cariño que ha tenido para nosotros y nuestras tierras, y pidiéndole al Señor que la haya perdonado sus irreverentes comentarios.

